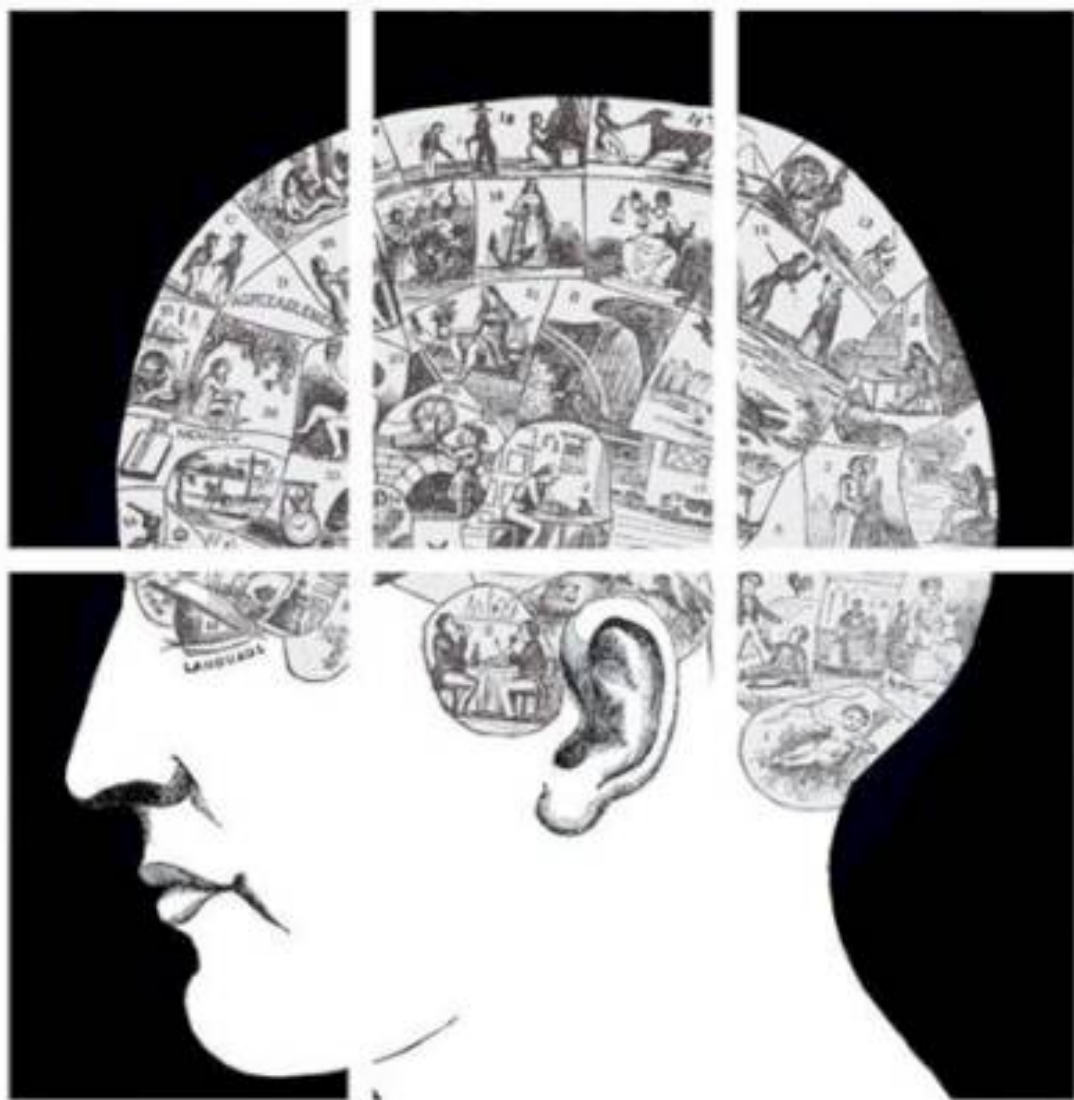


Razmig Keucheyan

Hemisferio izquierda

Un mapa de los nuevos
pensamientos críticos

SIGLO
XXI
ESPAÑA



Siglo XXI

Razmig Keucheyan

Hemisferio izquierda

Un mapa de los nuevos pensamientos críticos

Traducción: Alcira Bixio

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

Hémisphère gauche. Une cartographie des nouvelles pensées critiques

© Éditions La Découverte, 2010

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2013
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1646-3

«La derrota es una experiencia dolorosa que uno
siempre siente la tentación de sublimar.»

Perry Anderson, *Spectrum*

INTRODUCCIÓN

En su prefacio a la reedición de *Aden Arabie*, Jean-Paul Sartre conecta a Paul Nizan con la juventud insurrecta de la década de 1960. Evoca la comunidad de rebelión que reunía subterráneamente a su antiguo condiscípulo de los años treinta con los estudiantes que, tres decenios después, se lanzaban al asalto del viejo mundo. Durante la posguerra, Nizan había sufrido un largo eclipse y, de pronto, resurgía y volvía a ser editado al comienzo de dos décadas revolucionarias, más actual que nunca. «Año tras año – dice Sartre–, su hibernación lo ha rejuvenecido. Ayer era nuestro contemporáneo; hoy es el de estos jóvenes»¹. Que una obra pudiese hibernar de tal manera y suscitar el interés de las nuevas generaciones requería condiciones precisas. De un modo u otro, debía «hablarle» a la juventud, es decir, al menos proyectar un esclarecimiento particular en el mundo en el que esa juventud estaba inmersa.

Determinar qué es contemporáneo es uno de los puntos centrales de esta obra. Otro es la relación que mantiene lo contemporáneo con lo que –provisional o definitivamente– ya no lo es. Nuestro análisis se referirá, sin embargo, no a la literatura, sino a la teoría general de la emancipación. Más precisamente, tratará de las nuevas teorías críticas.

La expresión «teoría crítica» tiene una larga historia. Tradicionalmente designa –con la mayor frecuencia en singular y con mayúsculas– la obra de los pensadores de la Escuela de Fráncfort, es decir, de las generaciones de filósofos y de sociólogos que se sucedieron a las órdenes del Institut für Sozialforschung de esa ciudad². No obstante, en esta obra se utilizará la expresión en un sentido mucho más amplio y siempre en plural. En la acepción que les daremos, las teorías críticas abarcan tanto la teoría *queer* desarrollada por la feminista estadounidense Judith Butler como la metafísica del acontecimiento propuesta por Alain Badiou, la teoría del posmodernismo de Fredric Jameson, el poscolonialismo de Homi Bhabha y Gayatri Ch. Spivak, el *open marxism*

de John Holloway y hasta el neolacanianismo hegeliano de Slavoj Žižek.

Las nuevas teorías críticas son nuevas por cuanto aparecieron después de la caída del Muro de Berlín, en 1989. Si bien la mayor parte de ellas fue elaborada antes de aquel acontecimiento, todas ellas aparecieron en el espacio público después. Por ejemplo, no podríamos entender nada de la teoría del «imperio» y de la «multitud» de Michael Hardt y Toni Negri³, si no viéramos lo que le debe a la corriente marxista italiana a la que pertenece el segundo, es decir, el *operaismo* (término trasladado y utilizado por algunos estudiosos como «obrerismo»), que nace a comienzos de los años sesenta⁴. Sin embargo, esta teoría solo se manifestó, en su forma actual, desde fines de la década de los noventa. La novedad de las teorías críticas está estrechamente vinculada con la renovación de la crítica social y política impulsada a partir de la segunda mitad de ese decenio, en ocasión de acontecimientos tales como las huelgas francesas de noviembre y diciembre de 1995, las manifestaciones contra la Organización Mundial de Comercio de Seattle de 1999 o el primer Foro Social Mundial de Porto Alegre de 2001.

Por supuesto, la cuestión de saber en qué medida un pensamiento es «nuevo» y cuáles son los criterios que permiten juzgar esta novedad es en sí misma compleja. Se trata, por cierto, de una cuestión teórica⁵. ¿Optamos por el criterio puramente cronológico y decimos que es nuevo sencillamente lo que viene «después»? Pero, en ese caso, deberíamos incluir en lo «nuevo» hasta la más mínima idea que se destaque aunque sea un poco de las corrientes de pensamiento existentes. Está claro que la cronología no basta pues para definir la novedad. ¿«Nuevo» sería por lo tanto sinónimo de importante? ¿Pero «importante» desde qué punto de vista? ¿El intelectual, el político, ambos a la vez? ¿Y quién juzga esa importancia? La hipótesis que proponemos en esta obra es la de que actualmente atravesamos un periodo de transición en el plano político e intelectual y sostenemos que es prematuro responder de manera

unívoca a tales cuestiones. La cartografía que proponemos es una cartografía entre otras posibles.

Una nueva teoría crítica es una *teoría* y no un mero análisis o una explicación. Reflexiona no solamente sobre lo que es, sino también sobre lo que es deseable, y, en este sentido, adquiere una dimensión política. Son *críticas* las teorías que ponen en tela de juicio el orden social existente de manera global. Las críticas que formulan no apuntan a aspectos limitados de ese orden, como la instauración de un impuesto a las transacciones financieras ni una determinada medida referente a la reforma del régimen de retiro. Independientemente de que las nuevas teorías críticas sean radicales o más moderadas, su dimensión «crítica» estriba en la generalidad de su cuestionamiento del mundo social contemporáneo⁶.

Hasta la segunda mitad del siglo xx, el centro de gravedad de los pensamientos críticos se situaba en Europa occidental y oriental. Hoy se ha desplazado a Estados Unidos, ya sea porque los autores en cuestión son naturales de ese país, ya sea porque, cuando no lo son, enseñan en universidades estadounidenses. Esta situación representa un vuelco considerable en la geografía del pensamiento que, como se verá, no deja de tener sus efectos sobre la naturaleza de las teorías críticas contemporáneas.

Con todo, solo una visión cultural tendenciosa podría hacernos creer que el futuro de las teorías críticas se decide todavía en los países occidentales. Como lo ha sugerido Perry Anderson, hay grandes posibilidades de que la producción teórica siga el recorrido de la producción a secas o, en todo caso, que la evolución de ambas no sea independiente⁷. Y esto no se debe, como pensaría un materialismo demasiado simple, a que la economía determina «en última instancia» las ideas, sino a que las nuevas ideas surgen allí donde se plantean los nuevos problemas. Ahora bien, esos problemas se están presentando ya, o han de presentarse en el futuro, en países como China, India o Brasil.

La coyuntura histórica en la que se forman las teorías les imprime sus principales características. El marxismo «clásico», iniciado tras la muerte de Marx por Friedrich Engels –y que incluye principalmente a Kautsky, Lenin, Trotski, Rosa Luxemburg y a Otto Bauer– apareció en un momento de turbulencias políticas y económicas mayores que desembocaron en el primer conflicto mundial y en la Revolución rusa. Por el contrario, el marxismo llamado «occidental», cuyos iniciadores fueron Lukács, Korsh y Gramsci y sus representantes más notables Adorno, Sartre, Althusser, Marcuse y Della Volpe, se elaboró a lo largo de un periodo de relativa estabilidad del capitalismo. Las temáticas abordadas por estos autores, y también su «estilo teórico», lo reflejan claramente. Así, si bien todos ellos corresponden a la tradición marxista, un abismo separa *Das Finanzkapital* [El capital financiero] de Hilferding (1910) y *El estado y la revolución* de Lenin (1917) de *Minima moralia* de Adorno (1951) y *L'Idiot de la famille* [El idiota de la familia] de Sartre (1971-1972).

¿Qué decir del mundo en el cual se elaboran hoy los nuevos pensamientos críticos? Si la caída del bloque soviético produjo la ilusión de un «nuevo orden mundial» pacificado y próspero, la esperanza –para quienes creían que existía tal cosa– duró poco. Nuestra época se caracteriza, entre otras, por el paro masivo y la precarización generalizada, por la guerra global, por el acrecentamiento de las desigualdades norte/sur y por una crisis ecológica inminente.

Por su fragor, el mundo actual se parece al de la época en que apareció el marxismo clásico. En otros aspectos difiere, sin embargo, sensiblemente y sin duda, sobre todo por la ausencia de un «sujeto de la emancipación» claramente identificado. Los marxistas de comienzos del siglo pasado podían contar con las poderosas organizaciones obreras de las que a menudo eran dirigentes y cuya actividad iba a permitir superar lo que entonces se consideraba una de las crisis finales del capitalismo. En el momento actual no hay nada parecido, ni no lo habrá en un futuro próximo. Una vez comprobada esta realidad, ¿cómo continuar pensando en la transformación social radical? Este es

el reto que deben afrontar las teorías críticas contemporáneas⁸.

¹ Jean-Paul Sartre, «Preface» en Paul Nizan, *Aden Arabie*, París, La Découverte, 2002, p. 13 [ed. cast.: *Adén Arabia*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1967].

² Para una historia de la Escuela de Fráncfort, véase Martin Jay, *L'Imagination dialectique. L'école de Francfort 1923-1950*, Payot, París, 1989 [ed. cast.: *La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus, 1986].

³ Véase Michael Hardt y Toni Negri, *Empire*, Cambridge (Ma.), Harvard University Press, 2000 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002] y *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*, Nueva York, Penguin, 2004 [ed. cast.: *Multitud*, Barcelona, Debate, 2004].

⁴ Sobre la historia del *operaismo*, véase Steve Wright, *Storming Heaven. Class Composition and Struggle in Italian Autonomist Marxism*, Londres, Pluto Press, 2002.

⁵ Véase Stathis Kouvelakis, «Le marxisme au 21^e siècle: formes et sens d'une resiliance», en Razmig Keucheyan y Gérald Bronner (comp.), *La théorie sociale contemporaine*, París, Presses Universitaires de France, 2011.

⁶ Las nuevas teorías críticas abarcan corrientes antikantianas como las que inspiran las obras de Michel Foucault y Gilles Deleuze. Por ello, sería demasiado restrictivo limitar el alcance de la palabra «crítica» a su sentido kantiano. No obstante, está claro que ese sentido aparece frecuentemente, sobre todo cada vez que está en juego una crítica de «categorías» –sociales, raciales, sexuales–. Por lo demás, la mayor parte de la crítica del sistema que hacen estos pensadores es en sí misma de geometría variable; algunos, como los marxistas, adoptan el punto de vista de la «totalidad», otros, como los postestructuralistas, cuestionan hasta la posibilidad misma de semejante punto de vista.

⁷ Véase Perry Anderson, *In the Tracks of Historical Materialism*, Londres, Verso, 1983, p. 24 [ed. cast.: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI de España, 2013].

⁸ Las obras citadas a lo largo del presente texto se refieren siempre a su título original, apareciendo entre corchetes el título de la obra en lengua española en el caso de que exista traducción. [N. del Ed.]

PRIMERA PARTE

CONTEXTOS

I. LA DERROTA DEL PENSAMIENTO CRÍTICO (1977-1993)

La periodización

Todo comienza con una derrota. Quien quiera comprender la naturaleza de los pensamientos críticos contemporáneos debe tomar como punto de partida esa constatación.

Desde la segunda mitad de la década de 1970, los movimientos de protesta nacidos a fines de los años cincuenta – herederos de movimientos muy anteriores– impulsan un proceso de reflujo. Las razones son diversas: el impacto petrolero de 1973 y descenso de la «onda larga» de los *trente glorieuses*, la ofensiva neoliberal con la elección de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en 1979 y 1980, la decadencia de las antiguas solidaridades obreras, la llegada al poder en Francia de la izquierda en 1981 y las perspectivas ministeriales que favorecieron la reconversión de los militantes izquierdistas, la pérdida definitiva de credibilidad de los bloques soviético y chino... La revolución sandinista de 1979 en Nicaragua es indudablemente el último acontecimiento que presenta los rasgos de una revolución en el sentido tradicional. El mismo año, la revolución islámica iraní es la primera de una serie de objetos políticos difícilmente identificables que abundan en los decenios siguientes.

Este proceso de reflujo alcanza su expresión más clara, si no ya su punto culminante, en el momento de la caída del Muro de Berlín. Se vuelve evidente que algo ha llegado a su fin alrededor de 1989. La cuestión es saber qué es lo que terminó e identificar el momento en que aquello que llegó a su fin había comenzado.

Si queremos establecer periodos, existen varias particiones posibles. Primero, podemos sostener que hemos llegado al término de un ciclo político corto cuyo comienzo se remonta a la segunda mitad de la década de 1950. Es el ciclo de la «nueva izquierda», nombre con que se designa a

las organizaciones «izquierdistas», particularmente maoístas, trotskistas y anarquistas, así como a los «nuevos movimientos sociales» tales como el feminismo y la ecología. La «nueva izquierda» aparece alrededor de 1956, el año de la crisis de Suez y el año en que los tanques soviéticos aplastaron la insurrección de Budapest, pero también el año del informe sobre los crímenes de Stalin presentado por Kruschchev ante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. En Francia, aquel año, los diputados –entre ellos, los comunistas– votan otorgarle poderes especiales al gobierno de Guy Mollet con la intención de «pacificar» Argelia.

Pertenecer a la «nueva izquierda» es rechazar la alternativa impuesta en 1956 por los dos campos enfrentados, sin dejar de desarrollar una crítica radical del capitalismo. Esto consiste, en otras palabras, en denunciar tanto la política anglofrancesa en relación con Egipto –y el imperialismo en general– como la intervención soviética en Budapest. El apogeo de la «nueva izquierda» puede situarse alrededor de 1968 y en los años siguientes hasta aproximadamente 1977 (movimiento autónomo italiano). Los 1968 francés y mexicano, el mayo larvado italiano y el otoño caliente de 1969, el «cordobazo» argentino (1969)¹ y la Primavera de Praga son todos movimientos que participan de esa misma corriente internacional. Un primer intento de marcar los periodos sería pues sostener que lo que llegó a su fin en 1989 es el ciclo abierto en 1956 por las crisis egipcia y húngara y las reacciones que las sucedieron en el seno de la izquierda radical. La Revolución cubana (1959) y la Guerra de Vietnam son otros acontecimientos que contribuyeron a propulsar este ciclo².

La segunda opción de periodización hace remontar el origen del ciclo político que se cierra alrededor de 1989 a la Revolución rusa de 1917 o a la guerra de 1914. Sería lo que el historiador Eric J. Hobsbawm llama el «corto siglo xx»³. La guerra de 1914 y la revolución bolchevique, de la cual aquella es una condición de posibilidad, se perciben pues como las «matrices» del siglo xx. La barbarie de la época,

particularmente durante la Segunda Guerra Mundial, se presenta como una consecuencia de los cambios de modalidad y de intensidad de la violencia colectiva surgidos durante la Primera Guerra Mundial. En esta perspectiva, otros aspectos del siglo transcurrido se vinculan también con esos acontecimientos. El papel que les cupo a las «ideologías», por ejemplo, cuyas campanas de difuntos supuestamente sonaron en 1989 y cuya intrusión «totalitaria» en la historia habría sido la revolución de 1917⁴. En esta segunda hipótesis, la «nueva izquierda» está considerada como un subciclo subordinado al ciclo más amplio desencadenado en 1914 o 1917.

Una tercera posibilidad considera que 1989 cierra un ciclo abierto en el momento de la Revolución francesa de 1789. Se trata de una hipótesis de más largo plazo y más cargada de consecuencias políticas y teóricas. A veces se califica esta hipótesis como «posmoderna», haciendo referencia a los trabajos de –sobre todo– Jean-François Lyotard, Marshall Berman y Fredric Jameson⁵. El «posmodernismo» se basa en la idea de que la Revolución francesa se encuentra en el principio de la modernidad política. Desde ese punto de vista, las revoluciones que la sucedieron –la rusa y la china, por ejemplo– constituyen continuaciones de aquel acontecimiento. Ahora bien, en la medida en que los regímenes comunistas han fracasado en sus intentos de realizar el proyecto moderno inaugurado por la Revolución francesa, lo que se considera comprometido es el conjunto del proyecto. Esta tercera hipótesis implica que hay que abandonar las categorías intelectuales –razón, ciencia, tiempo, espacio– y políticas –soberanía, ciudadanía, territorio– propias de la política moderna para dar paso a nuevas categorías. La organización en «red», la importancia acordada a las «identidades» minoritarias o la supuesta pérdida de soberanía de los Estados-nación en el marco de la globalización, son cuestiones a las que esta hipótesis presta particular atención.

Tres comienzos –1789, 1914-1917 y 1956– para un único final, es decir, 1989. También es posible hacer otros encua-

dres y superponerlos a los ya citados. Los estudios «poscoloniales» ponen el acento en los acontecimientos más relevantes de la historia colonial moderna (por ejemplo, el fin de la revolución haitiana en 1804 o las masacres de Setif en Argelia en 1945). Asimismo, a veces suelen invocarse la revolución de 1848 y la Comuna de París como orígenes del ciclo político que llega a su fin en 1989. La importancia relativa asignada a los acontecimientos también varía según las regiones del mundo que se consideren. En América Latina, las independencias nacionales de la primera mitad del siglo XIX, la revolución mexicana de 1910 o la revolución cubana de 1959 son centrales. En Europa, el fin de la Segunda Guerra Mundial y los *trente glorieuses* pueden servir de referentes, así como, en Asia, pesa sobre todo la proclamación de la República Popular China en 1949.

Los nuevos pensamientos críticos están obsesionados con esta cuestión de la periodización. Lo primero que tratan de establecer es su propia situación histórica dentro de los ciclos de luchas políticas y de elaboraciones teóricas. Nunca antes un conjunto de teorías críticas había concedido tal importancia a ese problema. El marxismo, por supuesto, siempre se planteó la cuestión de su relación con la historia en general y con la historia de las ideas en particular. Ese era el único sentido de los incontables debates dedicados a los vínculos existentes entre Marx y Hegel, entre Marx y los economistas clásicos o entre Marx y los socialistas utópicos. Pero el problema se plantea con una agudeza aún mayor cuando, para emplear una expresión shakespeariana cercana a Jacques Derrida, el tiempo parece –como hoy– haberse «salido de sus casillas»⁶. Es verdad que privilegiar uno u otro de los ciclos que hemos evocado no tiene las mismas implicaciones. La hipótesis posmoderna, lo hemos dicho, tiene una mayor carga de consecuencias, por cuanto supone la desaparición de la forma moderna de la política. Las otras dos opciones, si bien no implican ese tipo de revisión radical, conducen, sin embargo, a una reevaluación muy seria de las doctrinas y de las estrategias defendidas por la izquierda desde los comienzos del siglo XX.

Volveremos luego sobre el problema de la periodización y de las respuestas que han ofrecido los nuevos pensamientos críticos al respecto. Por ahora, es esencial reconocer la importancia que tiene el hecho de que esas teorías se desarrollan en una coyuntura marcada por la derrota de la izquierda de transformación social. Esta derrota se remonta a un ciclo inaugurado por la Revolución francesa o por la Revolución rusa o en la segunda mitad de la década de 1950. Lo que no es discutible, en cualquier caso, es que se ha producido y su amplitud es enorme. Esta realidad es decisiva para comprender los nuevos pensamientos críticos. Les confiere una coloración y un «estilo» particulares.

Hacia una geografía de los pensamientos críticos

En su obra *Considerations on Western Marxism [Consideraciones sobre el marxismo occidental]*, Perry Anderson argumentó que el fracaso de la revolución alemana del periodo 1918-1923 produjo una importante ruptura en el seno del marxismo⁷. Los marxistas de la generación clásica presentaban dos características principales. En primer lugar, eran historiadores, economistas, sociólogos, en suma, se ocupaban de ciencias empíricas. Sus publicaciones eran, en gran medida, coyunturales y se ajustaban a la actualidad política del momento. Por otra parte, eran dirigentes de partidos, es decir, estrategias que afrontaban problemas políticos reales. Carl Schmitt afirmaba que el acontecimiento más importante de la era moderna era que Lenin hubiera leído a Clausewitz⁸. La expresión es sin duda exagerada pero la idea subyacente es válida: ser un intelectual marxista a comienzos del siglo xx significaba encontrarse a la cabeza de las organizaciones obreras del propio país. La idea misma de «intelectual marxista» tenía, en realidad, poco sentido pues el término «marxista» bastaba por sí mismo.

Los dos rasgos estaban estrechamente enlazados. Precisamente porque eran estrategias políticos, estos pensadores necesitaban del saber empírico para tomar decisiones.